

“He llegado á estos lugares con el carácter público que tuvo á bien confiarme el Supremo Gobierno Constitucional de la República, y del que desde luego debe Ud. estar impuesto de antemano.

“Con este carácter, con el de correligionario de Ud., con el de amigo y con el de ciudadano que ha visto en Ud. un firme defensor de la libertad é independencia de la patria, tengo la honra de ofrecerme á sus órdenes.

“Esto no es una simple ceremonia ó cortesía; es sí la demostración sincera de quien estima los méritos y virtudes de sus conciudadanos, de sus correligionarios y de sus amigos.

“Como individuo particular me bastaría la estimación de la sociedad, pero como gobernante necesito del afecto, pero sobre todo, la cooperación de todos los hombres, de todos los ciudadanos, y especialmente de la muy útil é ilustrada de personas tan distinguidas y patriotas como Ud.; de consiguiente, no sólo excito el interés de Ud. por la cosa pública para esperar su importante cooperación, sino aun sus sentimientos generosos.

“La época que atravesamos es de sacrificios, de angustias y de prueba, que son en mayor escala para el hombre público. Bien, estas serán menores, si Ud., comprendiendo la misma situación que anuncio, ayude al gobernante que lleva el estandarte de la nacionalidad, de la Constitución, de la Libertad y de la Reforma.”

Según parte oficial rendido por el Teniente Coronel Don Pedro G. Gavito, fechado en Tehuicingo, con fecha 28 de Noviembre, derrotó en el punto llamado el *Cuajilotillo*, al Jefe republicano García; y al día siguiente, 29, entró en Puebla el primer batallón de la legión belga, procedente de Europa.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Para sostener el Imperio fueron organizados en Austria y en Bélgica cuerpos de voluntarios.

El efectivo del cuerpo austriaco era de seis mil hombres en tres batallones y dos regimientos de caballería, quedando confiados la organización y el mando, al Coronel Conde de Thun, que venía precedido de cierta fama, por haber sido Ayudante de Campo del Mariscal Radetzki, y distinguiéndose en la batalla de Montebello.

El Mayor Kodolich quedaba encargado de la organización de la caballería, y se hallaba con anterioridad en México, ocupado ya en la organización del servicio de remonta, y terminar así la obra que tenía empezada en Europa.

La Legión belga fué puesta á las órdenes del Mayor Van-der-Smissen, brillante oficial, que había tomado parte con los franceses en la guerra de Africa, y se componía de

El día 8 de Diciembre, Zacatlán resintió de una manera terrible un ataque de sus inveterados enemigos, los traidores de Chignahuapan.

Serían las nueve de la noche, cuando una numerosa fuerza de caballería al mando de Santiago Romero, y en la que figuraban ventajosamente los conocidos Lastiri Miguel, Luis León, Antonio Domínguez (á) Fonche, José María Arroyo, Francisco Chávez, Tlaxquito, Manuel Márquez, Francisco Romero (á) Lumbrita y otros de menor graduación é importancia, pero todos igualmente feroces y sanguinarios, se presentó á unos cuantos pasos de la trinchera de la calle principal, defendida sólo por el centinela; y con su audacia y rapidez acostumbradas, penetró en la plaza, disparando sus armas, é hiriendo y matando á cuantas personas encontraba en su camino.

La sorpresa fué completa, pues la avanzada que cuidaba el camino por donde se verificó la irrupción, fué copada por el enemigo, bastante conocedor del terreno, y ayudado hasta por la claridad de una espléndida luna que brillaba en la mitad del cielo, y que hizo que los defensores de la ciudad, confiados imprudentemente en esa circunstancia, desatendiesen la guarda competente de las fortificaciones, pues nunca creyeron que un asalto á tal hora pudiera tener verificativo, en medio de inconvenientes que hacían como imposible su realización.

Los asaltantes, reforzados por su numerosa infantería que se hallaba muy cerca, se dirigieron estrepitosamente al Palacio Municipal, que era el cuartel donde residía en calidad de reserva una parte de la fuerza armada: ésta como es de suponer, no pudo reunirse con la velocidad y prontitud que el caso requería, y el poco número que se halló presente, al mando del bizarro Capitán C. Juan Arroyo, resis-

unos dos mil hombres, consistente en un batallón de granaderos y otro de cazadores á pie que deberían embarcarse en Amberes.

La formación de esta Legión, dió lugar á un vivo debate en Bruselas, en el seno del parlamento.

Interpelado el Gobierno por la oposición, objetándole que cómo había podido autorizar esos alistamientos, respondió que no le tocaba intervenir en el asunto; contestación que fué desarrollada en una Circular dirigida por el Ministro de la Guerra á las autoridades militares, y que decía:

“Siendo la intervención del Gobierno, de acuerdo con el deseo que ha expresado la Cámara de Representantes, no mezclarse en la organización del cuerpo belga-mexicano, creo deber recordaros, que no debéis sentar ningún acto que pueda comprometer la responsabilidad del Gobierno.”

Esta decisión sorprendió generalmente á los círculos militares.

tió la embestida con un valor que se sobrepone á todo encomio, pues no desamparó el edificio, sino cuando la casi totalidad de sus defensores estaba herida ó muerta, pues no hubo prisioneros, y los pocos que lo hicieron escaparon con inminente riesgo de su vida.<sup>1</sup>

El jefe de los traidores, llamado Ciriaco Arroyo, que contaba más de 70 años de edad, avanzó con valentía y arrojo, á la cabeza de su fuerza hacia la puerta principal del referido Palacio, con el objeto de tomar una pieza de artillería que funcionando en ese momento hacía terribles estragos en las filas enemigas; mas al llegar junto á ella, fué derribado al suelo y privado de la vida por el certero tiro de uno de los defensores, quienes, agobiados por el número y sin esperanza de recibir oportuno auxilio, se refugiaron en el interior del edificio, donde vendieron caras sus vidas, pues nadie se entregó al adversario traidor.

Victorioso éste se repartió por un radio pequeño de la ciudad, pues tenía desconfianza del éxito y hasta temor de ser batido en medio de su triunfo, por un enemigo á quien *prudentemente* no juzgaba destruído; y ahí se entregó á los desórdenes más espantosos, saqueando, robando y asesinando á las personas que creía le eran hostiles: las escenas horrorosas que esa fatal noche tuvieron verificativo fueron bastantes; los hechos de valor y entereza por parte de los vencidos, admirables; y los de sangre y destrucción por la de los vencedores, superan á cuanto la imaginación pudiera concebir de lúgubre y sombrío en esta clase de descripciones; sin embargo, para que no se crea que pecamos de ligeros, y que nuestras aseveraciones no son otra cosa que productos de la fantasía, referiremos dos de los episodios que

<sup>1</sup> Entre estos dispersos acaeció el siguiente hecho digno de ser referido:

Un soldado, cuyo nombre no recordamos, pero que tenía el apodo de *Tripitas*, fué capturado cerca del cuartel, en los momentos de emprender la fuga: llevado á un sitio retirado de la Plaza lo fusilaron los enemigos, quienes dejaron el *cadáver* abandonado como lo tenían de costumbre; mas al poco rato, la frescura de la noche hizo volver en sí al *ajusticiado*, quien se encontraba casi bueno, pues que las balas apenas le habían rozado la epidermis, á consecuencia de la mala puntería de los ejecutantes, ayudada de la obscuridad de la noche, y de la premura con que se había procedido en la operación.

El *resucitado* se marchó en el acto, y continuó prestando sus servicios en las filas republicanas; mas pasado algún tiempo, volvió á caer prisionero de los mismos enemigos, quienes esta vez *anduvieron más acertados*, privándolo de la existencia por medio de un segundo fusilamiento.

más llamaron la atención, así por la calidad de las víctimas, como por las circunstancias con que ellos se verificaron.

Entre las personas asesinadas, se encontraron el Mayor de Infantería, C. Vicente González y el joven Manuel Villanueva: el primero desempeñaba el puesto de Administrador de Rentas del Distrito, y se hallaba postrado en cama á consecuencia de una herida que tenía en la frente; y el segundo, aunque ardiente republicano, no tenía ningún cargo ni empleo, hallándose retraído y sin mezclarse en las cuestiones políticas que se estaban ventilando en los campos de batalla. A la hora del asalto, y aunque con paso vacilante el enfermo, ambos, por casualidad, se encontraron en una de las calles de la población, y no pudiendo ya salir de ésta, por la presencia del enemigo, se ocultaron en la casa que servía de habitación á D. Ignacio González, persona de antecedentes reaccionarios, y á quien, por lo tanto, se creía le serían guardados los respetos y consideraciones debidas, y que su alojamiento sería inviolable; más no fué así:

Teniendo en cuenta los antecedentes de ferocidad y barbarie que distinguían á los traidores chignahuapenses, algunas mujeres piadosas que se hallaban en la referida casa ocultaron á los prófugos en un escondite que había á mano y que ofrecía excelentes condiciones de seguridad; mas por desgracia, ó más bien, por una fatalidad que nunca será bien lamentada, cayó prisionero un individuo apellidado Zaragoza, hermano político del Comandante Militar del Distrito, C. Dimas López, á quien se perseguía con encarnizamiento, é intimidado para que entregara á éste, manifestó en medio de protestas y juramentos, la imposibilidad en que estaba de hacerlo; pero en cambio, y para ponerse á cubierto de cualquiera persecución ó agravio, delató la presencia de González y Villanueva, que fueron extraídos del lugar donde se hallaban, y conducidos hacia la Plaza principal, para ser incorporados á un grupo de ciudadanos pacíficos, que en calidad de presos tenían que seguir al enemigo.

La comitiva fúnebre desfiló en dirección á Chignahuapan, y al llegar á una parte del camino donde eran ejecutados los prisioneros, á un lado del río llamado de Atlixaca,<sup>1</sup> se intimó á los dos jóvenes que se arrodillaran para ser fusilados.

<sup>1</sup> A ese lugar siniestro se le llamó el *Bramadero*, y era un pequeño Soto, situado á la orilla del camino, en cuyo centro se hallaba un árbol frondoso y corpulento, de cuyas ra-

Villanueva, que aún en presencia de la muerte no perdió su serenidad, valiente y animoso, increpó al grupo de foragidos que le iba á privar de la existencia, con algunas palabras duras, de justo pero amargo reproche, y se negó rotundamente á tomar la actitud que se le imponía: esto dió motivo á que, excitadas las pasiones salvajes de aquella turba desenfrenada, descargara tal número de heridas de espada y armas de fuego sobre los dos indefensos ciudadanos, que cuando sus respectivos deudos ocurrieron á recoger aquellos cadáveres, santificados por el martirio, hubieran tenido bastante trabajo para reconocerlos é identificarlos convenientemente.

Saciados sus instintos de barbarie, colgaron de los pies á los dos asesinados, suspendiéndolos en las ramas del árbol susodicho, y se retiraron á sus guaridas á celebrar su triunfo.

Ya cerca del amanecer, las familias de las víctimas acabadas de inmolarse, las echaron de menos: supieron con horror que habían sido conducidas en calidad de prisioneros; y ciegas, frenéticas y desatinadas, dirigieron sus pasos hacia el lugar de la sangrienta catástrofe: allí encontraron los cadáveres, que no eran otra cosa que una masa informe de carne y huesos, horriblemente maltratada: descolgaron aquellas venerandas reliquias, las colocaron de la manera que pudieron y derramando lágrimas y dando fuertes y desgarradores gritos, que de seguro conmovieron hasta á las fieras de aquellos contornos, ese grupo, que semejaba una procesión de fantasmas, y al que las nacientes medias tintas de la Aurora que empezaba á aparecer daban un aspecto lúgubre é imponente, emprendió su retorno hacia la ciudad infortunada que presentaba como heridas abiertas acabadas de recibir, frescas y palpitantes, las huellas funestas del vandalismo, ó sea de la desolación, del exterminio y de la muerte.<sup>1</sup>

El Comandante González tenía prestados importantes servicios á la

mas ó tronco principal eran colgados los cadáveres de los desgraciados del rumbo, que caían en las garras de los traidores de Chignahuapan, y que eran despiadadamente asesinados.

La tradición conserva la memoria de sucesos horripilantes, verificados en dicho lugar, y cuya relación espanta.

<sup>1</sup> Como una muestra de lo que eran esos hombres, nos referiremos á uno de tantos, á quien conocimos:

En un pueblo llamado Atecochco, perteneciente á la Municipalidad de Aquixtla, del Dis-

libertad y á las instituciones republicanas: asistió á la toma de Puebla, en virtud del sitio que le puso el ejército liberal, al mando de Comonfort, el año de 1856: durante la guerra de Reforma estuvo presente en varias acciones, y se halló en Veracruz, en el Castillo de Ulúa, en su grado de Teniente de la primera compañía del batallón Guardia Nacional de Zacatlán, durante el primer asedio puesto á dicha plaza por el General Miramón: concurrió al sitio de la ciudad de Zaragoza, que le impuso Forey el año de 1863; y permaneció siempre fiel al partido de los libres, al que sirvió con desinterés y abnegación.

Villanueva era un joven ardiente é impetuoso: de gallarda presencia, de trato ameno y caballeroso, de conducta irreprochable, se hacía querer y era querido de cuantas personas lo trataban.

Dotado de talento é instrucción, pasaba sus ocios ofreciendo culto fervoroso á las nueve hermanas, de lo cual es una prueba los versos que escribió, llenos de sentimiento, de inspiración y ternura, y que no son otra cosa que arranques impetuosos de una alma apasionada, cánticos bellísimos en pro del amor, del patriotismo y de la libertad, y que bien pueden considerarse como un ramillete de cinerarias, ofrecidas en el altar de la patria, por la mano de un mártir.

Semejante á Juan Díaz Covarrubias, á González Bocanegra, á Florencio M. del Castillo y á Manuel Acuña, la muerte vino á segar en

trito de Alatríste, vivía un individuo de nombre Mariano Domínguez, hermano del famoso Fonche, á quien hemos dado á conocer en el curso de estos apuntamientos.

El tal Mariano, había militado en las filas reaccionarias durante la guerra de Reforma, y en las de los traidores, en la época de la Intervención y Gobierno del llamado Imperio: en ambas se había hecho notable por sus depredaciones y hechos vandálicos, que le habían proporcionado una justa pero triste celebridad, pues las poblaciones liberales de los alrededores mucho habían tenido que sufrir de este hombre desnaturalizado, que llegó á hacerse demasiado temible, á la cabeza de los voluntarios del pueblo donde residía, y en íntimo contacto con los de Chignahuapan, de donde era originario.

Ya al terminar la farsa del Imperio, fué acusado de multitud de crímenes que había cometido; y la autoridad que presidía el honrado General Juan N. Méndez, como Gobernador y Comandante Militar de Puebla, en vista de esa denuncia lo mandó aprehender.

Traído á la Capital de ese Estado, instruyósele el proceso correspondiente, y al ser conocida su causa, los jurados y la concurrencia que asistía al acto de la vista, quedaron horrorizados al enterarse de pormenores y de hechos que presentaban á Domínguez como un monstruo de infamia, de crueldad y de barbarie.

La muerte fué decretada unánimemente, y el autor y reo de tantas iniquidades acabó su vida en un patibulo, preparado para él en la Plazuela de San José, uno de los meses del año 1867.